

LA EXPLOSION DEL DESORDEN

Joan Buades

FERNANDEZ DURAN, Ramón, 1993, *La explosión del desorden: la metrópolis como espacio de la crisis global*, Madrid, Fundamentos.

Este libro debería encontrar un público entre el mundo alternativo. Constituye uno de los rarísimos intentos por pensar globalmente la naturaleza de la crisis y sus probables indeseadas consecuencias en un futuro próximo. Esta reflexión planetaria nos introduce a una revisión radical de la Transición española y del proyecto modernizador de matriz izquierdista. Por último se cuestiona la práctica y horizonte de toda la izquierda establecida y de la escena alternativa española como aportación a un necesario debate sobre cómo actuar solidariamente sobre un desorden planetario que se expande en progresión geométrica a partir de las metrópolis, el espacio que considera privilegiado de la crisis. Todo ello con el valor añadido de provenir de un ingeniero ecologista y conspicuo defensor de las tesis de la Autonomía. Esto es, de una persona alejada del confort material de la izquierda establecida y que sigue buscando la máxima congruencia entre vida pública y privada.

El libro caracteriza la crisis en su globalidad como un producto del éxito del actual modelo de civilización. La civilización industrialista sólo ha podido sobrevivir a base de un crecimiento infinito que, una vez superados los umbrales de regeneración a escala humana de los recursos naturales disponibles, genera una dinámica entrópica que permite temer lo impensable: la extinción de la

vida humana sobre la Tierra en un futuro cercano. Lejos de su apariencia apocalíptica, esta aseveración viene corroborada por la enorme bibliografía hoy disponible sobre economía y ecología globales. Fernández Durán dedica una atención especial a las Metrópolis: las Megaciudades serían los espacios territoriales donde se haría más patente la crisis por el enorme volumen de acumulación y consumo que las caracteriza. Las necesidades de sostenimiento del desorden metropolitano tendería a condicionar totalmente el resto del espacio y conduciría a una triple crisis interrelacionada: económica, ambiental y sociopolítica.

La crisis económica sería algo más que vaivenes monetarios y especulativos. El nacimiento de una Economía Mundo habría supuesto un cambio decisivo en las formas de producir, consumir y distribuir. El Centro vendría a terciarizarse y sus Metrópolis controlarían a modo de «comando» la eficacia productiva de una fábrica «difusa», repartida a lo largo del Planeta. Estas ciudades globales (Nueva York, Londres, Tokio, París, Frankfurt) centralizarían la gestión, coordinación y control de un modelo productivo de base planetaria que no respondería más que a los intereses especulativos a corto plazo del capital. En el Sur la proliferación y gigantesco ritmo de crecimiento de las Megaciudades (São Paulo, Ciudad de México, Calcutta,...) atrofiaría, además, las posibilidades de modelos económicos propios y ecológicos en un hemisferio con recursos financieros muy escasos.

Esta hiperurbanización demográfica actúa

como catalizador del incremento brutal de las necesidades de transporte aéreo y privado. Esta estructura obliga a modificar aspectos sustanciales de la vida tales como un espacio urbano donde el automóvil ha desplazado a la gente como prioridad de gestión del espacio urbano, la desintegración de la familia nuclear, la industrialización del tiempo libre y del turismo como primera industria legal mundial, y la gigantización del comercio a costa de la vida de los barrios y los proveedores locales. Fernández Durán ve, por otra parte, en el reciente despliegue masivo del sector de las telecomunicaciones la base para una gestión «non-stop» de una Economía Global marcada por el sector financiero. Este modelo territorial, por lo demás, se ha convertido en un fabuloso y ecológicamente insostenible devorador de energía.

La gestión de estas Megaciudades se estaría dando hacia formas de intervención mixtas de capitales estatales y privados entorno a «proyectos» a corto plazo que, necesariamente, no deberían topar con un planeamiento urbano a largo plazo porque ello dificultaría una rápida adaptación de la ciudad a las cambiantes funciones exigidas por una Economía Mundo tan especulativa. Por ello, estaría primando más la idea de ductilidad y transformación de espacios urbanos concretos en forma de Recintos Feriales, Parques Tecnológicos o Centros Urbanos Futuristas de Gestión. De ahí nuevas realidades urbanas como La Défense parisina o los Docklands londinenses.

Inevitablemente esta mutación de las formas de producción y de vida choca de forma creciente con unos límites externos e internos que juegan a favor de una progresiva ingobernabilidad de la civilización global: el aceleramiento de la crisis ecológica en todos los planos, la bomba demográfica y urbana en el Sur y su corolario de nuevo autoritarismo en el hemisferio rico y fascitización en la Periferia. La Guerra del Golfo y la Cumbre de Rio demostrarían en toda su crudeza la desnudez del Emperador: el esperanzador Nuevo Orden Mundial se revela más bien aquí como la impotencia del Reformismo desde dentro del viejo orden de hacer frente a la creciente escasez de recursos vitales a través de un reparto solidario.

Tan largo excursus le permite a Fernández Durán concluir con la explicación de la tesis principal del libro: las Metrópolis se estarían convirtiendo en el espacio privilegiado de conflictividad social y, por tanto, de alternativa. La destrucción de las variopintas culturas urbanas sacrificadas a las nuevas demandas funcionales de comando descritas constituiría un elemento común a las Megalópolis del Norte y del Sur. En las del Norte, empero, la dualización económica y la tercerización urbana comportan la aparición de un inframundo marginal muy importante —el Cuarto Mundo— y nuevas formas de oposición social desligada en su motivación inmediata de las relaciones de producción y atentas todas ellas a la transformación placentera de la vida cotidiana: el ecologismo urbano, el pacifismo, el feminismo, el derecho a la vivienda, etc. El modelo de referencia sería el Berlín Oeste de antes de la anexión de la RDA. En los años 80 estas formas de oposición habrían tendido a ser descabezadas por los gestores de las Megalópolis con la poderosa ayuda de unos mass media cada vez más influyentes y dóciles para con el autoritarismo estatal y un movimiento sindical convertido en una agente de control social que actuaría informalmente al servicio del Desorden dominante (p. 144). Una inmigración imparable sin derechos de ciudadanía y la situación explosiva en los guettos al estilo Los Angeles serían hoy los principales focos de conflictividad social. Por su carácter de autodefensa ante situaciones límite, esta violencia urbana no sería expresión de un proyecto alternativo a las Megaciudades e incluso se convierten en pretexto para la tecnocracia metropolitana para incrementar la violencia estatal contra la ciudadanía y las iniciativas ciudadanas alternativas. En las megalópolis del Sur, con un crecimiento aluvial derivado de la explosión demográfica y la devastación del medio natural y con una capacidad financiera y política prácticamente nulas, la conflictividad social se escenificaría en términos rudos, militares.

ESPAÑA, PARAÍSO MODERNO

El estado español no presenta ninguna ori-

ginalidad dentro de la órbita nortea. Esta hipótesis de trabajo es uno de los muchos aciertos de la aportación del autor. En realidad, la historia del modelo productivo y de vida «disfrutado» en este rincón del Planeta desde 1975 es la de los avatares de su inserción en los estándares de la Economía Global contemporánea. Unos avatares que tienen que ver más con las formas y sujetos de legitimación ideológica de este proceso que con una súbita ruptura «modernizadora» del modelo productivo español supuestamente acaecida tras el traspaso del último dictador.

De hecho, los orígenes del proyecto «modernizador» se remontan al segundo Franquismo, el que terminó con la autarquía y que con el Plan de Estabilización de 1959 tutelado por el capitalismo internacional decidió abrir la economía a la Economía Mundo. Esta apertura fue comandada por una generación de tecnócratas todavía en circulación y se basó en algunos pilares clave: la entrada masiva de capital extranjero en algunas macroáreas industriales preferenciales (especialmente Madrid, Barcelona y Bilbao), los excedentes monetarios repatriados por un millón de emigrantes al extranjero, el sacrificio del litoral mediterráneo al turismo de masas así como una política desarrollista de grandes infraestructuras energéticas, hidrológicas y de transporte aéreo y automovilístico. El conjunto de estos factores actuará en favor de una especialización muy jerarquizada del territorio: unos tres millones de personas abandonarán el campo para trabajar en entornos metropolitanos industriales o turísticos. Con ello se agravarán los desequilibrios territoriales intraestatales y se asistirá en los 60 al nacimiento de una sociedad de consumo de masas digna de tal nombre. La internacionalización de la economía estatal aumentará la dependencia exterior y perseguirá la plena inserción de España en la Europa desarrollista y consumista del Mercado Común. De hecho el MC firmó un Acuerdo Preferencial con España en fecha tan temprana como 1970.

A la muerte de Franco los principales retos a resolver por los intereses hegemónicos serán dos: cómo domeñar institucionalmente una oposición deseosa de hacer «tabla rasa» con todo lo anterior y cómo anclar definiti-

vamente al estado español en el marco económico y político occidental, es decir, en la CEE y en la OTAN, en plena recesión económica internacional. Fernández Durán señala con amargura la inanidad política de la izquierda política y social española en este período. Un período donde los sindicatos de clase se hicieron expertos en consensos sociales lesivos con la calidad de vida de las capas subalternas, la izquierda política aceptó como hecho natural la bondad de la integración en la CEE y fue pieza clave para el mantenimiento en el bloque militar occidental. Si la aceptación de la actual Constitución junto con la firma de los Pactos de la Moncloa hizo presentables en la política establecida a socialdemócratas y comunistas, la década socialista ha supuesto un empuje sin precedentes del proyecto modernizador iniciado por la tecnocracia franquista en 1959.

Ello tiene mayor mérito por cuanto corre paralela a una reestructuración brutal del aparato productivo con enormes costos sociales y a una simultánea desactivación de toda oposición de principio en el estado español. Para el autor, la entrada en la CE en 1986 constituiría de hecho el fin de la llamada Transición. La población ha soportado la desaparición de dos millones de puestos de trabajo en diez años —agrícolas e industriales casi a partes iguales— y, a pesar del crecimiento del paro hasta el 22%, no ha habido conflictos sociales dramáticos ni generalizados. El desmantelamiento del miniestado franquista del Bienestar, la liquidación de la industria pesada española no competitiva en los mercados mundiales, la obligada creación de un sistema fiscal lo menos lesiva posible para los intereses hegemónicos, la complementariedad entre la tecnocracia con pedigrí demócrata y la «experimentada», son retos superados por el PSOE con un coste político muy bajo: apenas un retraso de fechas en la aceptación plebiscitaria de la pertenencia a un bloque militar y conflictos laborales resistenciales y localizados o puramente salariales.

Desde 1986 y hasta 1990, despejadas las incógnitas clave y notablemente ayudado por una coyuntura económica global marcada por derrumbe de los precios del petróleo y el auge de la economía financiera, España conoce un crecimiento económico sostenido

sólo superado por Japón en el área de la OCDE. La explicación estaría en la fuerte avalancha de inversión extranjera, que se corresponde grosso modo al 5% de incremento del PIB español a lo largo de este período. Esta internacionalización agrava las opciones tomadas durante el segundo Franquismo: crece la especulación financiera más que las inversiones reales en nueva planta industrial, los capitales se concentran básicamente entorno a Madrid, Barcelona y Sevilla, y se promueve un segundo boom consumista. Los desequilibrios territoriales y el déficit comercial seguirán agravándose hasta que la recesión de 1989 y la crisis del Golfo obligan a un replanteamiento de las economías occidentales. Como en el pasado, la opción elegida será una huida hacia adelante en el marco de una Europa industrialista y enemiga del Sur. El entusiasmo institucional por la naturaleza del Tratado de Maastricht refleja una obsesión patológica por la estandarización del aparato productivo y legal español con el noreuropeo. La acción del estado se dirige a obtener el máximo de fondos comunitarios para desarrollo regional y estructurales a fin de poner al país en un nivel de infraestructuras semejante a los estándares comunitarios. Es así como la política de infraestructuras, el Plan Borrell, se convierte en el proyecto estrella de la Administración. El retraimiento de las inversiones extranjeras al socaire del enfriamiento de 1989 intenta ser contrarrestado con éxitos de imagen —Olimpiadas, Expo, Capitalidad Cultural— concentrados entorno a 1992. Todo ello sin que ninguna fuerza social o política relevante de izquierda sea capaz de oponer una alternativa de principio.

La apoteosis actual del proyecto modernizador, no obstante, chocaría como la Economía Mundo con unos límites externos e internos. El modelo productivo actual es ya ecológicamente insostenible y concibe el medio ambiente como una losa para el crecimiento crematístico, como muestra la actitud oficial española en la conferencia de Río al solicitar licencia para incrementar los niveles de emisión de CO₂ o el apoyo a la Política Agraria Común orientada a liquidar la economía y vida agrocampesinas. Por otro lado, la ingobernabilidad social se es-

taría extendiendo en forma de conflictos «no políticos» de los que serían buena muestra hechos como el incremento de los niveles de abstención electoral, el descrédito de la democracia parlamentaria por la percepción creciente de su naturaleza corrupta, el desbordamiento de los sindicatos por nuevas plataformas organizativas como la de la EMT de Madrid y formas de acción como la quema del Parlamento Regional murciano a raíz de la crisis industrial, ...Fernández Durán augura una conflictividad mayor en España que en la CE del Cuarto Mundo metropolitano debido a su situación fronteriza en términos migratorios Sur-Norte y a la poca fortaleza asistencial de un estado fuertemente endeudado que deberá hacer frente a la quiebra de la estructura familiar, el envejecimiento de la población o el crecimiento del SIDA (pp. 316 y 317). Los mayores riesgos de conflictividad deberán darse en las Metrópolis peninsulares. Y muchos de ellos, como muestra el incremento del racismo, sólo tendrán la virtud de romper la imagen de paraíso moderno con que se modela a la opinión pública.

¿QUE HACER? ¿QUIEN? ¿COMO?

La explosión del desorden ofrece en su última parte una reflexión sobre cómo fundamentar una práctica política para los 90 con el objetivo de «intentar transformar la ingobernabilidad en antagonismo». Esta reflexión supone una exposición de los retos que se plantea la Autonomía, la corriente política norña nacida de la explosión de lo social tras 1968 en Alemania e Italia y que se desmarca de la «Marcha (también) a través de las Instituciones» que dio pie al movimiento verde a finales de los 70. Fernández Durán reconoce en la izquierda española una mitología progresista que la descalifica como instrumento de transformación social, ataca el «síndrome verde» por su nulo espacio electoral potencial entre IU y un nacionalismo periférico que haría «redundante» (sic) el voto verde, y plantea propuestas entorno a tres elementos de discusión capitales: los sujetos potenciales de revuelta una vez muerta la Revolución, la necesidad de redefinir el horizonte y los valores del pro-

yecto emancipatorio y reconstruir una cultura alternativa que permita «un reagrupamiento autónomo del tejido social contra el poder» (p. 349).

El eje de su discurso es que, sin presión social externa, ningún poder hace concesiones. La oposición visceral o consciente a la modernización capitalista podría abrir un marco de acción «social» diverso contra «lo político» capaz de dinamizar las energías de los movimientos sociales alternativos atentos a la transformación concreta de la realidad —«prácticamente inexistentes en el estado español» (p. 358) y las personas afectadas por las Nuevas Formas de Pobreza: inmigrantes, presos, drogadictos/as,... Fernández Durán sugiere «ayudar a la organización autónoma de estos colectivos» dada su carencia de proyecto alternativo propio e intenta a través de una reivindicación de la pluralidad de las experiencias y su no jerarquización diferenciar este aleccionamiento de la tradición leninista (p. 366).

Por lo que se refiere al horizonte emancipatorio, éste oscila entre un catálogo de sugerencias notablemente coincidentes con tópicos verdes o ecosocialistas (consumir menos, economía ecológica y con capacidad de autonomía, feminización, trabajo «con sentido», agrarización, erigirse en Quinta Columnas del Sur en el Norte, nueva ética humanista) y lugares comunes caros a la izquierda y la anarquía decimonónicas: la sociedad sin clases y la desaparición del Estado. Todo ello sólo será posible si desde ya tratamos de frenar el apocalipsis descrito a partir de la crítica a la modernización ecológica del sistema industrialista y nuestra movilización para paralizar los grandes proyectos concretos de destrucción ambiental y aniquilamiento de lo social.

CABOS SUELTOS

Lo dicho no debería dejar lugar a dudas sobre la conveniencia de lectura de *La explosión del desorden*. No son pocos pero los

cabos sueltos y elementos criticables que —desde una posición verde, no metropolitana y pretendidamente al día de la realidad alternativa como la de quien esto suscribe— podrían señalarse con el fraternal ánimo de entablar un fructífero diálogo. Quede constancia aquí de algunos:

* ¿Por qué no se admite la centralidad y urgencia ecológicas del proyecto emancipatorio cuando es la única variable que permite concebir el mal absoluto: la desaparición de la Humanidad sobre la Tierra? Ello comporta un novum en el campo de la ética que va mucho más allá de la reciprocidad y solidaridad *meramente humanas*. Por no hablar de sus implicaciones sobre pretendidos «sujetos potencialmente revoltosos».

* El análisis expuesto es demasiado industrial, urbano y estatista. El énfasis puesto en las Metrópolis choca con el silencio sobre las formas de reequilibrio territorial en favor de las formas de vida agrocampesinas y sacraliza la ciudad como espacio de la revuelta y de la vida, todo un tópico industrialista. Por otro lado, refleja un desconocimiento de la diversidad cultural dentro del estado español típica de la izquierda y la derecha mesetarias. El impacto de la modernización en la minorización cultural y lingüística de los Países Catalanes, Euskadi y Galicia merecería un buen capítulo.

* Fernández Durán reduce lo verde a puro ambientalismo y electoralismo. ¿Por qué, pues, un «autónomo» tan estimado por el autor como Guattari dedicó los últimos años de su vida pública a ayudar *desde dentro* para que Les Verts y Génération Ecologie fueran el polo de referencia alternativo en Francia?

* ¿Cómo se puede seguir pensando realísticamente en una máxima descentralización y extinción del Estado y formas participativas indirectas en tiempos de escasez de recursos y crecimiento de la población mundial en términos de 100 millones de personas al año?